
En la Casa de Huéspedes

Antón Chéjov

textos.info

Libros gratis - biblioteca digital abierta

Texto núm. 4825

Título: En la Casa de Huéspedes

Autor: Antón Chéjov

Etiquetas: Cuento

Editor: Edu Robsy

Fecha de creación: 27 de septiembre de 2020

Fecha de modificación: 27 de septiembre de 2020

Edita **textos.info**

Maison Carrée

c/ Ramal, 48

07730 Alayor - Menorca

Islas Baleares

España

Más textos disponibles en <http://www.textos.info>

En la Casa de Huéspedes

—¡Oiga usted!—ruje encarándose con el dueño de la casa de huéspedes la inquilina del cuarto núm. 47, la coronela Machatirina, que está púrpura de coraje y echa espumarajos por la boca—. O me da otra habitación o me voy de esta maldita posada. ¡Esto es una guarida de golfos! ¡Tengo muchachas casaderas y aquí no se escuchan más que horrores! ¿Cómo puede uno soportarlo? ¡De día y de noche! Oyense a veces tales cosas, que no sabe uno ni dónde meterse. Gracias que mis niñas no comprenden aún nada; de otra suerte, tendría que escapar aunque me quedara sin albergue... Justamente ahora Carlaniza, mi vecino... Puede usted escucharle...

—Yo te contaré algo mejor—dice en la habitación contigua una voz de bajo profundo—. ¿Te acuerdas del teniente Drujkof? Pues bien; aquel Drujkof hizo una carambola y, según su costumbre, levantó la pierna en alto... De repente oyóse un trrrr... Pensamos que se había roto el paño del billar; pero pronto nos dimos cuenta de que «los estados unidos» habían estallado por todas las costuras. ¡El animal levantó la pierna tan en alto, que no quedó una costura sana! ¡Ja..., ja..., ja...! Y había señoras en la sala. Entre otras, la mujer de aquel papanatas de Okurin... Okurin se puso como loco, rabiando. ¿Cómo atreverse a tamaña indecencia delante de una señora? Cruzáronse de palabras... ya lo sabes. Acabó Okurin por mandar sus testigos a Drujkof, y Drujkof, que no tiene pelo de tonto, les respondió:

—¡Ja..., ja..., ja...! Que no me mande a mí sus testigos, sino a mi sastre, que me cosió mal estos pantalones. ¡Suya es la culpa! ¡Ja..., ja..., ja...!

Sila y Mila, las hijas de la coronela, que se hallan sentadas junto a la ventana, apoyando sus mejillas gordinflonas en sus puños, ruborízanse y bajan los ojitos.

—¿Ha oído usted?—sigue Nechatirina, volviéndose al dueño—. ¿Qué le parece? Yo soy, señor mío, una coronela! ¡Mi marido ha ocupado un

puesto importante! ¡No he de permitir que en mi presencia cualquier carretero relate indecencias semejantes!

—¡Señora, si no es un carretero! Es el capitán Kikin. ¡Es un caballero!

—Si hasta tal punto olvida sus deberes de caballero, que se expresa como un vulgar conductor de carros, merece ser despreciado aun más. ¡En una palabra, no discuta usted; emplee medios enérgicos!

—¡Pero, señora! ¿Qué puedo hacer yo? No es usted sola... todo el mundo se queja... ¡Si no puedo nada con él! Cuantas veces he ido a su cuarto tratando de convencerlo: «¡Aníbal Ivanovitch! ¡Por Dios! ¡Es una vergüenza!», me pone los puños cerca de la cara, diciéndome: «¿Los quieres probar...?» ¡Es en realidad un escándalo!... Por la mañana se despierta y se va al pasillo en... usted dispense... en paños menores. O bien se emborracha, coge el revólver y la emprende a tiros con la pared. De día no cesa de beber vino, y por las noches juega a las cartas... de las cartas suceden las peleas.

—¿Y por qué no le despide usted a ese ganapán?

—¿Pero cómo despedirlo? Me debe tres meses. Ya renuncio al dinero con tal de que se vaya. El tribunal le ha notificado la expulsión. Apeló, entabló recurso de casación, y se las arregla como puede para dar largas... ¡Es una calamidad!... ¡Y si viera usted qué hombre! ¡Joven, guapo, listo...! ¡Cuando no está borracho da gusto tratarle! El otro día, como no se hallaba ebrio, pasó el día entero escribiendo a sus padres.

—¡Desgraciados padres!—suspira la coronela.

—¡Naturalmente, son unos desgraciados! No es poca pena tener un hijo semejante. Le reprenden, le echan de las fondas, le imponen multas todos los días por escándalos, etcétera... ¡Vaya una desesperación!

—¡Pobre, desgraciada esposa!—vuelve a suspirar la coronela.

—No, señora; si es soltero. ¿Acaso le es posible casarse? Gracias a que pueda sustentarse a sí mismo...

La coronela da un paseo por su cuarto.

—¿De modo que es soltero?—pregunta—. ¿Soltero?

La coronela da otra vuelta y se queda un momento pensativa.

—Así, pues... ¿soltero?... Lila, Mila, quitaos de delante de la ventana. ¡Hay corriente de aire! ¡Qué lástima! ¡Un hombre joven y de tan mala conducta! ¿Y de qué proviene esto? De que nadie ejerce sobre él una benéfica influencia... No hay quien... Es soltero... Aquí tiene usted el motivo... Hágame usted el favor—prosigue amablemente—de ir a verle en mi nombre y suplíquele que se modere un poco en su manera de hablar... Dígale usted que es la coronela Nachatirina quien se lo pide... Vive en el número 47 con sus hijas, y ha venido aquí desde su hacienda.

—Muy bien.

—No lo olvide; dígale que llegó con sus hijas. Que venga a disculparse por lo menos. Estamos siempre en casa después de comer. ¡Mila, cierra la ventana!

—Pero, mamá, ¿para qué ver a ese borracho?—le interroga Lila al marcharse el dueño—. ¡Valiente convidado: bebedor, pendenciero, tunante!...

—No hables, querida mía; vosotras tenéis siempre algo que decir y por eso no os casáis... ¿Por qué no? Cualquiera que sea, no hay motivo de despreciarle... Quizá sirva de algo... ¿Quién sabe?—suspira la coronela, fijándose con preocupación en sus hijas—. Tal vez esté ahí nuestra suerte. Id a vestiros por si acaso.

Antón Chéjov



Antón Pávlovich Chéjov (en ruso: Анто́н Па́влович Че́хов, romanización: Anton Pavlovič Čehov), (Taganrog, 17 de enero [calendario juliano] / 29 de enero de 1860 [calenarío gregoriano] - Badenweiler, Baden-Wurtemberg (Imperio alemán), 2 de julio / 15 de julio de 1904) fue un médico, escritor y dramaturgo ruso. Encuadrable en la corriente más psicológica del realismo y el naturalismo, fue un maestro del relato corto, siendo considerado como uno de los más importantes escritores de este género en la historia de la literatura. Como dramaturgo se enclava dentro

del naturalismo, aunque con ciertos toques de simbolismo y escribió unas cuantas obras, de las cuales son las más conocidas *La gaviota* (1896), *El tío Vania* (1897), *Las tres hermanas* (1901) y *El jardín de los cerezos* (1904). En estas obras crea una nueva técnica dramática que él llamó de "acción indirecta", fundada en la insistencia en los detalles de caracterización e interacción entre los personajes más que el argumento o la acción directa, de forma que en sus obras muchos acontecimientos dramáticos importantes tienen lugar fuera de la escena y lo que se deja sin decir muchas veces es más importante que lo que los personajes dicen y expresan realmente. Chéjov compaginó su carrera literaria con la medicina; en una de sus cartas escribió al respecto:

La medicina es mi esposa legal; la literatura, solo mi amante.

La mala acogida que tuvo su obra *La gaviota* (en ruso: "?????") en el año 1896 en el estatal (imperial) Teatro Alexandrinski de San Petersburgo casi lo desilusiona del teatro, pero esta misma obra tuvo un gran éxito dos años después, en 1898, gracias a la interpretación del Teatro del Arte de Moscú dirigido por el innovador director teatral Konstantín Stanislavski, quien repitió el éxito para el autor con *Tío Vania* ("???? ????"), *Las tres hermanas* ("??? ?????") y *El jardín de los cerezos* ("????ë??? ???").

Al principio Chéjov escribía simplemente por razones económicas, pero su ambición artística fue creciendo al introducir innovaciones que influyeron poderosamente en la evolución del relato corto. Su originalidad consiste en el uso de la técnica del monólogo, adoptada más tarde por James Joyce y otros escritores del modernismo anglosajón, además del rechazo de la finalidad moral presente en la estructura de las obras tradicionales. No le preocupaban las dificultades que esto planteaba al lector, porque consideraba que el papel del artista es realizar preguntas, no responderlas.

Según el escritor estadounidense E. L. Doctorow, Chéjov posee la voz más natural de la ficción, «sus cuentos parecen esparcirse sobre la página sin arte, sin ninguna intención estética detrás de ellos. Y así uno ve la vida a través de sus frases».

(Información extraída de la Wikipedia)